

La Justo cuando pensaba que podría comenzar mis proyectos, la vida dio un giro inesperado.

Era el viernes 13 de marzo, el día que había estado esperando durante los últimos meses. Era el día en que terminaría mi puesto de maestra sustituta a tiempo completo de dos meses y me sumergiría en mis nuevos planes con seriedad: pasar más tiempo con mi padre en el hogar de ancianos, preparar nuestro hogar para ponerlo en el mercado y aumentar mi distancia corriendo para el medio maratón de Pittsburgh.

Entré en la casa esa tarde memorable justo a tiempo para contestar una llamada de la Villa Masónica. Andrea me llamaba para informarme que a los miembros de la familia ya no se les permitiría visitar a sus seres queridos debido al Corona Virus. El campus estaba completamente cerrado. Para colmo, al mismo tiempo, el gobernador Wolff anunciaba que las escuelas estarían cerradas hasta nuevo aviso. Todo lo que podía pensar era "¿Me estás tomando el pelo? ¡Esto no puede estar sucediendo!" "Había estado haciendo el viaje de ida y vuelta de 90 minutos todos los días para visitar a mi padre de 97 años gravemente discapacitado desde que fue transferido al hogar de ancianos y no pude procesar lo que esta prohibición significaría tanto para mí como para mi padre.

Estados Unidos apenas comenzaba a conocer el impacto total de este virus mortal y extremadamente contagioso. Para empeorar las cosas, estábamos en medio de la Cuaresma y todas las iglesias las estaban cerrando. Eso significaba que cuando más necesitábamos los sacramentos, no podíamos recibirlos. Sin confesión, sin comunión, sin Estaciones de la Cruz y ¿estás listo? No pescado frito! El momento más importante en el año litúrgico y no teníamos a dónde ir para prepararnos espiritualmente para la gloriosa resurrección de nuestro Señor.

Después del shock inicial, me di cuenta de que tendría que comenzar a practicar lo que nos estaban diciendo: distanciamiento social, usar máscaras y quedarme en casa. Tuve que reajustar mi pensamiento como cualquier otro estadounidense y cumplir con los reglamentos nuevos. Para empezar, decidí comenzar cada día con la transmisión en vivo de la misa diaria en EWTN. Esto me ofreció la paz y el consuelo que tan desesperadamente necesitaba. La novena a la Coronilla de la Divina Misericordia también me está ayudando a darme cuenta de que la misericordia de Dios está ahí, solo tenemos que pedírsela.

Después de abordar lo espiritual, me monto en a mi bicicleta o salgo a correr al parque para mantener el bienestar físico. Me tapo la cara con una polaina de cuello y corro unas cuatro millas en Hartwood Acres. Si te gusta estar al aire libre, te recomiendo que vayas allí. Te enamorarás de sus hermosos senderos, su fabulosa mansión Tudor, establos y jardines. Verás la creación de Dios mientras deambulas por los senderos y observas las aves y los árboles y plantas en ciernes. Tan relajante!

Finalmente, como la mayoría de nosotros, me estoy poniendo al día con mi lectura. Más específicamente, libros sobre mujeres que han sufrido mucho y emergieron triunfante en tiempos de guerra y agitación social. [Sin lágrimas en Irlanda](#) por Sylvia Couturie cuenta cómo pudo sobrevivir la

Segunda Guerra Mundial a los once años en una costa irlandesa aislada. Ella se inspiró en las palabras de Churchill que prometían la victoria, pero primero habría "sangre, trabajo, lágrimas y sudor". Si Churchill podía controlar la sangre, el sudor y el trabajo, Sylvia podría controlar las lágrimas y se prometió que no derramaría ni una gota durante sus cinco años de exilio.

Siempre me ha gustado leer las biografías y autobiografías de las Primeras Damas de los Estados Unidos. Como dice el refrán, "detrás de cada gran hombre hay una mujer". Esta cita está incorporada en la vida de Abigail Adams. ¡Hablas de una súper mujer! Acabo de terminar de leer lo que Abigail tuvo que soportar durante la Revolución Americana y te recomiendo que pongas a Abigail Adams: Testigo de una Revolución por Natalie Bober en tu lista de lectura. Una mujer increíble muy por delante de su tiempo que abogó por nuevas leyes que garanticen la libertad financiera y la educación de las mujeres.

Así que aquí estoy. Ha pasado un mes desde la última vez que vi a mi padre, fui a St. James a adorar o enseñé en un salón de clases. Me he acostumbrado a la transmisión en vivo de la misa en una iglesia vacía y a la comunión espiritual. He aceptado que solo puedo hacer FaceTime con mi padre de 97 años que no puede verme pero puede reconocer mi voz. He escuchado a mis compañeros maestros que me dicen que aprender a distancia y crear lecciones en línea consume mucho tiempo y no es justo para los niños en distritos económicamente desfavorecidos que no cuentan con la tecnología adecuada. Finalmente, he leído los obituarios de las personas de la tercera edad y los primeros en responder que han sido abatidos por esta terrible pandemia sin culpa propia. Sí, Sylvia, me digo a mí misma, "no llores en Irlanda" y trato de concentrarme en las palabras de San Alfonso Liguori: "Espera, reza, no te preocupes".

Peggy Carlson